

## obituarios

## Adiós a uno de los padres de la Constitución

# Trayectoria de excelencia

DANIEL PEÑA

Cuando hablé por primera vez con Gregorio Peces-Barba, en otoño de 1989, me expresó su deseo de que la Universidad Carlos III de Madrid, que iniciaba su camino bajo su dirección, recogiera el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza y contribuyese a regenerar la vida universitaria española. Su entusiasmo y su poder de convicción eran extraordinarios y proyectaban una nueva luz sobre las obras de reconstrucción de un añejo cuartel en la periferia de Madrid. Su carisma, optimismo y audacia fueron fundamentales para conseguir que los primeros profesores dejaran destinos más cómodos y prestigiados en otras universidades para incorporarse a una quimera: crear de la nada una buena universidad en el extrarradio obrero de Madrid.

Al frente de la Universidad Carlos III de Madrid Gregorio Peces-Barba demostró que además de un inteligente político y un brillante académico podía ser un eficaz gestor y un buen director de equipos. Como presidente de la Comisión Gestora durante seis años estableció unos sólidos cimientos para el proyecto y como rector durante 12 implantó un estilo de dirección ejecutivo, pero con amplios consensos, que ha marcado de forma fundamental el desarrollo de la universidad.

En su primer discurso de apertura de curso en octubre de 1990

estableció claramente las prioridades iniciales: enseñanza de calidad, con planes de estudio innovadores, y apertura hacia la sociedad, mejorando las comunicaciones con Madrid y estableciendo residencias para acoger a estudiantes de otras comunidades.

En los años siguientes se estableció la imagen y los símbolos de la nueva universidad y se configuró su modelo institucional: créditos de Humanidades e Idiomas en todos los planes de estudio, evaluación y control de la calidad de clases y titulaciones, estrictas normas de permanencia, profesorado con dedicación plena, incentivos a la investigación de excelencia y profesionalidad y austeridad en la gestión universitaria.

Peces-Barba ha prestado muchos servicios a la sociedad española: ha sido ponente constitucional, presidente del Congreso y alto comisionado para las víctimas del terrorismo. Su decidida y continua labor a favor de los derechos humanos y la concordia entre los españoles le ha hecho acreedor del reconocimiento y el afecto de la sociedad española. Para los universitarios ha sido además un extraordinario profesor y académico, un reformador del sistema universitario y el creador e impulsor de una Universidad innovadora, de calidad y que siempre llevará su impronta.

Daniel Peña es rector de la Universidad Carlos III de Madrid.



Gregorio Peces-Barba, en 2006, en el paseo de La Marina de Ribadesella (Asturias). / PACO PAREDES

## El poder del Derecho

JAVIER DE LUCAS

Fue un hombre de Derecho. Y de poder. Ejerció esas dos pasiones —el derecho, el poder al servicio del derecho— con coraje cívico, al mismo tiempo que con un profundo sentido de la amistad y de la lealtad, con lo que podríamos llamar bonhomía. Nunca dudó en empeñar en esa tarea su inteligencia y su voluntad, y como saben todos los que le trataron, una y otra eran cosa seria.

Sin su concurso, no se puede entender el avance de la cultura de los derechos humanos en nuestro país. Es decir, sin su trabajo como abogado, como diputado constituyente y como presidente del Congreso; sin su contribución teórica como investigador; sin su magisterio como profesor universitario y maestro de muchos otros profesores e investigadores.

Y sí. Fue también un hombre de poder. Lo fue cuando se batió contra el poder de la dictadura franquista sin esconderse, arriesgando su profesión y su carrera académica, desde *Cuadernos para el Diálogo*, con Ruiz Jiménez y Elías Díaz, y luego en el PSOE. Y llegado el momento, cuando ejerció el poder que le tocó. Todos los obituarios recogerán el hecho de que Peces-Barba, hijo de un significado fiscal —republicano y católico— condenado a muerte por Franco, fue una figura importante, incluso decisiva, de la Transición y por ello de nuestra historia. Ni la Constitución ni, probablemente, los primeros años del Gobierno del PSOE, habrían sido lo mismo sin él. En todos esas situaciones ejerció el poder, y un poder muy considerable, porque sabía ser influyente. También en la Universidad, la Universi-

dad pública, fue un hombre de Derecho y de poder. Así, dedicó la mayor parte del último tramo de su vida a levantar la Universidad Carlos III “de Madrid” (como a él le gustaba repetir, por más que sus sedes fueran Getafe, Leganés y Colmenarejo), a la que consagró todas sus energías como rector fundador, con indiscutible éxito.

Contra el poder o encarnando el poder político o el académico, actuó con acierto la gran mayoría de las veces, aunque se equivocara —y no poco— en algunas ocasiones. Lo hizo siempre, creo, guiado por tres ideales por los que se batió a fondo: derechos humanos, democracia y Constitución. Habría que añadir otro, una concepción de España que muchos calificaron de jacobina (lo que no le disgustaba, sobre todo por su acendrada francofilia) aunque supo matizarla con un respeto a la pluralidad, oscurecido en alguna desafortunada intervención de última hora, por la que se disculpó ense-

guida. Y el espíritu de servicio público que le hizo chocar, entre otros, con las posiciones reaccionarias de la jerarquía católica o de los manipuladores de las víctimas del terrorismo. Quizá debería sumar a ello una afición por el madridismo —una debilidad, diríamos algunos amigos suyos culés, que también los tuvo— que desbordaba su sentido común e incluso el del humor, una pasión solo comparable a su devoción por el género chico.

Pero para mí, para muchos de nosotros, fue sobre todo, como profesor de Filosofía del Derecho estudioso de Maritain, de Kelsen y de Bobbio, un maestro y un compañero.

Es frecuente que los obituarios se conviertan en panegíricos. No creo que a Gregorio Peces-Barba le gustara. Porque, pese a que le importaba mucho, muchísimo, ser querido, nunca abandonó un punto de ironía, de crítica y autocrítica, que le alejaba del halago que tanto le buscó cuando era un ejemplo de poder institucional y podía dispensar favores. Haber disfrutado del privilegio de su amistad, haber colaborado con él durante muchos años, ahora mismo, por ejemplo, en su historia de los derechos humanos que avanza por el octavo volumen y en el proyecto *Consolider*, en el que dirigía a medio centenar de investigadores, quizá me sirva de disculpa para la falta de imparcialidad. *Amicus cum vides, obliviscere miserias*, escribió Apio Claudio. No, no es solo la presencia física del amigo la que nos ayuda a levantar la mirada. Porque la amistad, como el amor, es más fuerte que la muerte.

Javier de Lucas es catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad de Valencia.

## Verdadero y digno

JAVIER DEL AMO

Siempre estuviste conmigo, hermano. Cuando te llamé al Congreso y me sorprendí de que te pusieras al teléfono, me dijiste: “Si porque sea presidente de la Cámara no me pusiera, sería un galipollas”.

Te has ido pero el que se marcha ya ha vuelto, como avisó Borges en su poema al *I Ching*.

Padre eras, un padre veraz y bondadoso, en este ruedo ibérico en que ya había otro padre, con graduación de general, autoritario y raro, dirigiendo los destinos de todos nosotros.

Deseábamos cambiar las estructuras, encontrar la mujer de nuestra vida, realizarnos profesionalmente, alcanzar el ajuste con la vida del que hablaba Huxley... y no sé si lo hemos conseguido. Quizá tú tengas la respuesta. Porque quizá donde ahora moras se sepa si estos quiméricos deseos se han logrado.

Me facilitaste la salida con una chica, me prestaste un 600 para fatigarme por el sureste, me diste la posibilidad de hacer psicoterapia humanista durante 12 años en tu universidad (te lo agradecía cada vez que te veía por el campus y, lógicamente, esto te desconcertaba) y tantos otros gestos. Como todo cráneo privilegiado, que diría Valle In-

clan, eras intangible, etéreo e inencasillable, pero verdadero y digno.

He visto gentes nuevas acercarse a ti pero yo puedo decir muy alto que te conocí mucho antes que ellos, en tiempos mágicos y tristes, los años de la posguerra, tiempos de silencio cuando nada hacía ruido

Escribo doliente, dolido y exaltado por esa vida que es volcán y savia ante la muerte.

Ando desterrado de las cosas; escribo estas líneas balbucientes pero sé que llegarán a otro amigo común, Juan Luis Cebrían, que estuvo siempre que se necesitó, como tú, aunque las grandes estructuras de la prensa sean hoy más complejas que cuando era director de *Informaciones* y yo le mandaba en un sobre un artículo y él me lo publicaba sin más. Así que quizás no tenga lectores este folio, pero no importa. Actúa pero renuncia a los frutos de la acción, que aconsejaba uno de los libros de cabecera de Gandhi.

Allá va mi “negra flor de la tinta”, como llamó Sánchez Ferlosio a la escritura, para que los tiempos venideros, ávidos de gentes como tú, nos traigan tu testimonio, tu resurrección y ensalzamiento.

Javier del Amo es poeta y novelista.

## Una presencia luminosa

NORMAN BIRNBAUM

Con motivo de la muerte del profesor Gregorio Peces-Barba he leído las reflexiones de sus conciudadanos sobre su persona. Quizá también les interese lo siguiente:

He escrito al PSOE para manifestar mi más sentido pésame. Conocía a nuestro colega, tuve alguna vez el placer y la ventaja de compartir el estrado con él en reuniones y seminarios en España, y nunca le oí pronunciar una palabra aburrida ni vulgar. Era una persona de inteligencia cosmopolita, de una integridad transparente y una gran solidez moral. Su mera presencia iluminaba la sala. Fue, además, testigo de un capítulo importante y maravilloso de la historia de España; y, pese a ello, no se dormía en los laureles, sino que siempre trató de encontrar un camino hacia el futuro.

Norman Birnbaum es catedrático emérito de la Universidad de Georgetown.